



Cabeza yacente del poeta chileno MANUEL MAGALLANES MOURE.

Tarjeta de luto

AMIGOS DE MAGALLANES
Casilla 1476
Santiago

Santiago, 14 de febrero de 1924.

Sr. J. García Monge.

San José de Costa Rica.

Mi querido amigo:

Usted habrá sabido la muerte de nuestro grande y querido Magallanes. Ahí le envío la fotografía del poeta en su último lecho.

A Ud. que tanto lo quiso, le mandaré para el *Repertorio* lo mejor que sobre él se haya escrito en estos días y los tristes detalles de su muerte inesperada.

Por suscripción de sus admiradores habrá un monumento de Magallanes a la sombra de los árboles de nuestro Parque Forestal.

Será tallado en piedra viva de nuestro Chile Austral para que, como la obra del poeta, resista el peso de los siglos.

Lo abraza de corazón,

R. MEZA FUENTES.

La correspondencia a los «Amigos de Magallanes», a la misma casilla del poeta.

Manuel Magallanes Moure

I

CON mi escopeta, seguido de un flaco perro forastero, trepo cada vez más altas y empinadas colinas, y cruzo unos tras otros, enmarañados y quietos boscajes, en olorosas y sombrías quebradas.

Sentado bajo los arrayanes, en los blandos helechos que orillan las aguas de una vertiente, contemplo pasar por sobre las copas de los árboles, el lento vuelo de las nubes.

El hálito de las hojas caídas y el de los troncos podridos; las peregrinaciones de las hormigas; las rojas avispas que amasan lodo para sus nidos; las arañas que acechan; los gordos abejones que zumban libando flores desconocidas, me traen una alegría que culmina cuando un bando de torcazas se detiene en un árbol muerto, que eleva por sobre los demás su ramaje mondado y blanquecino como una osamenta. El estridor de las alas al abatirse hace que mi corazón y mi perro tiemblen con el más delicioso calofrío. Mi escopeta se alza sin que nadie la requiera, desde mi escondrijo paseo su cañón, buscando el sitio propicio para que todas las aves juntas caigan.

Una torcaza lanza el primer arrullo y las demás la siguen en ese íntimo musitar. Avanzo la cabeza para distinguirlas mejor, y una invisible seda de araña se prende a la mano que acaricia el gatillo y la retiene tan suavemente como sólo lo haría una leve mano invisible.

¡Comprendo, Manuel! ¡Cae la escopeta y las torcazas me deslumbran con el relámpago tornasol que deste-

llan sus plumajes al huir veloces amparadas por tu bondad y tu recuerdo!

II

He dejado dormir la escopeta y he requerido los pinceles olvidados. Y el mismo paisaje del cazador es ahora más amplio y penetrante, más rico y hermoso, y aquel recio andar de guerra, tórnase en un paso blando y sostenido, grata caricia, midiendo la belleza de la tierra.

Todo es motivo de caza para el pintor. Desde los candelabros de los quiscos y los cardones espinudos; desde las rocas, herméticos cofres, de la soledad olvidados y escritos por los líquenes, hasta las heredades campesinas; los viejos caminos con viandantes y trombas de polvo; el enorme anfiteatro del mar con la gradería de las olas, y sobre ellas las albas túnicas de las espumas que visten y agitan las sirenas al entregar al viento el inmenso coro del júbilo oceánico.

Todo es motivo de caza para el pintor: desde el cielo a la tierra; y todas las cosas véanse reducidas para él a una sola: la luz, la madre luz que los revela, en forma, esencia y color. ¡Oh luz! tú circulas inmaterial, animándolo todo como la sangre del tiempo incontenible.

Manuel, sobre el pequeño cartón va revelándose, ante mi asombro que crece, un paisaje que tú también pintaste.

Te fuiste; ¡oh hermano! y las cosas al permanecer iguales o indiferentes, van adquiriendo en tu ausencia para los que bien te amaron, el terrible gesto de la belleza imperturbable!

III

¡Cómo es extraño comer cuando se está triste!

¡Cómo es doloroso sorprenderse riendo cuando la pena vigila!

Si hay un enfermo, los pasos se hacen leves, las voces se atenúan. Mas, si ronda el recuerdo de un muerto, siempre es grande cualquier escaso ruido, excesivo el más leve movimiento.

A cada instante nos culpamos de ingratitud. Nuestro afecto herido y absorbente sólo quedaría satisfecho si en vez de condolernos, también nosotros entrásemos para siempre en el silencio y la quietud definitivos.

IV

Si estamos muy cerca de los demás, el ruido de las voces ajenas nos perturba; si muy lejos, nos privamos de la música en que ellas, con la distancia, van convirtiéndose.

He dejado todo y he venido a las playas, y escribo en el sitio único donde las olas y los gritos de los niños, la brisa del bosque y el clamor de todas las cosas convergen entrelazados para formar la más armoniosa y total sinfonía.

¡El sitio, Manuel, que tú hubieses elegido para meditar en la belleza de la vida, lo escojo yo ahora para entregarme más profundamente a la tristeza de tu recuerdo!

V

En la baja marea el reflejo de las húmedas arenas copiaba su silueta y tal si se deslizaran suspendidos en el aire en lento vuelo, apareadas en vuelo de amor, contemplaba venir

(Pasa a la página 41).